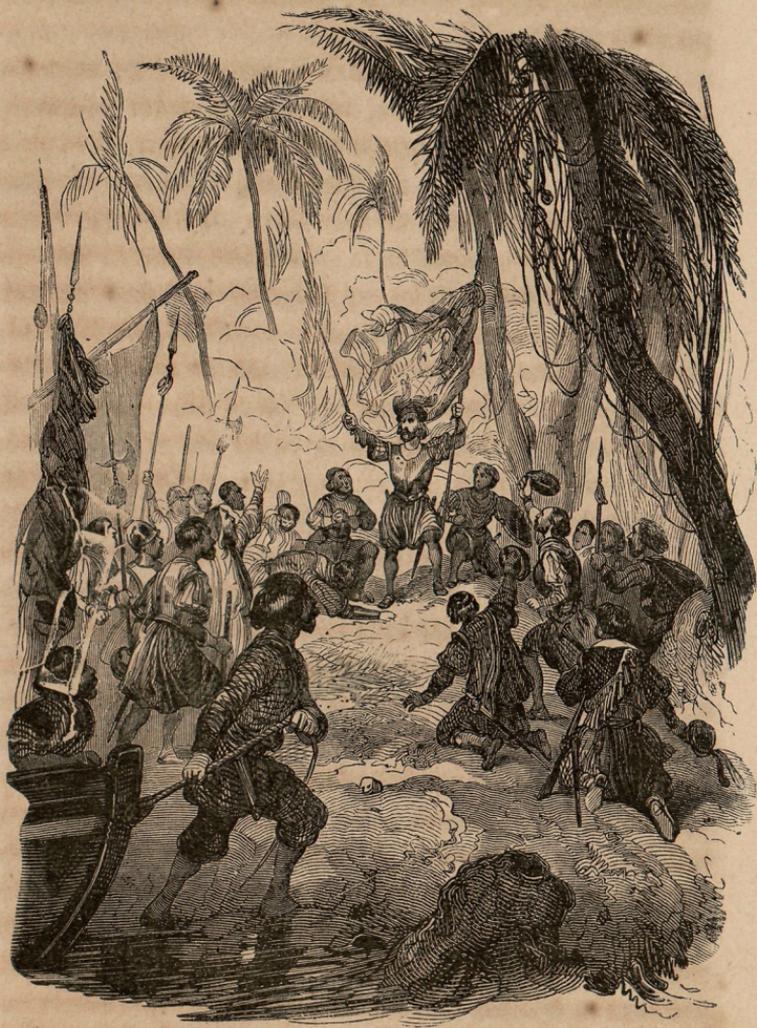


[Faint, illegible text block]





Humildemente postrados delante de Colon, le saludan por virey del Nuevo Mundo.

é I (iniciales de los nombres Fernando é Isabel) terminadas por sus coronas.

Al paso que las chalupas se iban acercando, los naturales acudian en tropel á la costa, manifestando en sus ademanes, en sus gestos y en la expresion de su fisonomía, la sorpresa que les causa la maravilla de aquellas embarcaciones europeas de colosales proporciones, de aquellos castillos con alas que se balanceaban noblemente en la superficie del mar. Pero, cosa estraña y que parece á los españoles un verdadero enigma, aquellos isleños manifiestan la mayor seguridad, sin dar indicio alguno de terror ó de cuidado, á vista de aquellos estrangeros cuyas intenciones no conocen, de aquellas banderas, de aquellas armas que brillan á los rayos del sol, ni con el ruido de los instrumentos de una música guerrera que parece la señal de las batallas.

Cuando la chalupa de Colon llegó á la costa, el almirante llevando puesto un brillante vestido de terciopelo de color de escarlata, y con la espada en la mano, saltó el primero en tierra: él fué el primero que puso el pie en aquel nuevo universo que acababa de descubrir.

Sus compañeros se lanzan en pos de él, se prosternan al instante para besar la tierra, y allí humildemente postrados delante de Colon, le saludan como á virey del Nuevo Mundo, y renovando sus juramentos de fidelidad le prometen una obediencia sin limites y docilidad esclusiva.

Despues de esta afectuosa manifestacion, despues de haber rendido este homenaje al genio de un grando hombre, fijaron una cruz en la costa. Todos los hombres de la expedicion, arrojados ante aquel sacrosanto signo, ofrecen á Dios nuevas acciones de gracias, y despues el almirante toma solemnemente posesion del pais en nombre de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel.

XIII.

CONSPIRACION CONTRA PIZARRO.

Despues de la muerte de Colon, muchos aventureros se lanzaron á seguir sus huellas, lisongeados con la esperanza de completar en el continente americano los descubrimientos de aquel grande hombre. Entre estos cita la historia como mas notables por la importancia de sus conquistas, á Hernan Cortés, natural de la villa de Medellin en Estremadura, que sometió el reino de Méjico al dominio de España, y Francisco Pizarro, extremeño tambien, nacido en Trujillo el año 1475, que conquistó el vasto y opulento imperio del Perú, y cuyo desastroso fin vamos á relatar (1).

Al fin pudo Pizarro rasgar el misterioso velo que cubria los sucesos de Cuzco y conocer la estension de sus pérdidas y lo grave de su situacion, recibiendo una tras otra las mas siniestras noticias. Supo casi al mismo tiempo la muerte de su hermano Juan, el regreso de Almagro, el cautiverio de sus otros dos hermanos y la derrota de su teniente Alvarado; pero la energía de su alma y la firmeza de su carácter no se abatian con tan repetidas desgracias. Conociendo la buena fé de Almagro, resolvió armarle un lazo, y en el resultado de una nueva perfidia fundó toda su esperanza de triunfar definitivamente de un rival que debia ser víctima aun de su lealtad.

Pizarro esperaba de un momento á otro un considerable refuerzo que le habian de enviar desde Panamá: le interesaba mucho por esta razon, el ganar tiempo y reducir á Almagro á la inaccion, haciéndole proposiciones pacíficas y entablando negociaciones que intentaba fuesen muy despacio. Mientras

(1) La relacion que sigue está tomada de la Historia de la conquista de América, por Campe; traduccion del señor don F. Fernandez Villabrilie.

que Almagro, engañado con las demostraciones de Pizarro, se abstenía de todo movimiento hostil, no se estaba este con los brazos cruzados: trabajaba en fortificarse, reclutar su ejército, y en procurarse considerables refuerzos de hombres y municiones. Ya estaba en víspera de revelar sus proyectos, cuando le llegaron su hermano Gonzalo y Alvarado, que logrando escaparse de la prisión, le presentaron sesenta ginetes que habían atraído de los de Almagro. Este inesperado socorro colmó de alegría á Pizarro que se sintió desde entonces con fuerzas suficientes para ir en busca de sus enemigos. Pero Hernando Pizarro se hallaba aun prisionero, y el gobernador, antes de declararse como enemigo y cortar las negociaciones, quería privar á Almagro de tan preciosa garantía.

Aparentó entonces que deseaba con mas empeño una sincera reconciliacion y propuso á Almagro que sometiesen su pleito al arbitrio del emperador. Almagro aceptó al instante la propuesta, y Pizarro, creyendo que todavía podría obtener algo mas de la crédula confianza de su generoso competidor, le pidió pusiese en libertad á su hermano, para enviarle á España como plenipotenciario cerca del emperador. Almagro abrió á Hernando las puertas de su prisión, mas apenas estuvo libre, cuando Pizarro declaró á su rival que solo la guerra podía decidir entre ellos y juzgar su querrela. Su ejército había sido reforzado con numerosos reclutas, y se contaban en él dos compañías de arcabuceros, cosa muy extraordinaria, porque en aquella época el uso de las armas de fuego no estaba generalizado ni aun en Europa. Confió el mando de la mayor parte de sus tropas á sus hermanos, que ansiosos de vengarse de Almagro, al instante se pusieron en camino. Fácil le hubiera sido á Almagro, apostándose en los desfiladeros de los Andes ó Cordilleras que el enemigo tenía que atravesar, aniquilarle en ellos y terminar la guerra con un golpe decisivo, porque se asegura que los viageros, al pasar de las ardientes llanuras de Quito á los Andes siempre cubiertos de nieve, se ven ataca-

dos de aquella enfermedad á que pagan doloroso tributo casi todos los marinos en su primer viage, y que por esta circunstancia se llama el mareo.

Almagro quiso mejor esperar á su enemigo en las llanuras de Cuzco: lo primero, porque no querian que recayese en él la odiosa responsabilidad de la agresion en una guerra civil, y lo segundo, porque necesitaba terreno para desplegar su caballería, que era superior á la de los Pizarros. Fortificó á Cuzco lo mejor que pudo, y formó su ejército en batalla, en una posición que creyó serle ventajosa, pero debilitado por la edad, las fatigas y las heridas, apenas podia sostenerse. No pudiendo ponerse á la cabeza de las tropas, confió su mando á su teniente general Rodrigo Orgoñez, un capitán valiente y leal á su gefe, pero que nunca era para los soldados el viejo Almagro, que por el afecto y respeto que habia sabido inspirarles, tenia sobre ellos el mayor ascendiente.

Entretanto los Pizarros habian pasado las Cordilleras y avanzaban por las llanuras de Cuzco. Los dos ejércitos no tardaron mucho en avistarse y se prepararon al combate: veíase flostar por ambas partes el estandarte imperial, y las alturas inmediatas estaban coronadas por una inmensa multitud de indios que habian acudido á recrearse en el espectáculo de una lucha sangrienta entre sus opresores, que se encargaban así de vengarlos. Almagro, enfermo, se hizo trasportar á una colina desde la que podia contemplar el campo de batalla, y animar desde lejos á sus tropas á que cumpliesen con su deber.

Dada la señal, los españoles se lanzaron con furor unos contra otros y empezó la matanza. Rotas las primeras líneas de Orgoñez por la impetuosidad del enemigo, el desorden se introduce en las filas, y los soldados flaquean y ceden sin que las voces y ruego de los gefes sean suficientes para volverlos al combate. En este trance, Orgoñez desesperado, grita mandando un nuevo ataque: «¡Por Dios poderoso, que he de cumplir con mi deber, aunque me cueste la vida! sígame el que

quiera.» Resuelto á no sobrevivir á su desgracia y á la de Almagro, se arroja en medio de las tropas que mandan Gonzalo, Hernando y Alvarado, y aunque herido en la cabeza, porque su celada habia sido rota por una bala, continúa combatiendo. Da muerte á dos guerreros con su propia mano, y engañado por el brillante uniforme de uno de los criados de Hernando Pizarro, cree que es su amo y le mete la lanza por la boca. Al fin este intrépido guerrero sucumbe al número, y desarmado cae prisionero: en el momento que se le llevan los soldados, acude un español que tenia que vengar una ofensa personal y le derriba la cabeza de un sablazo.

Este acto de barbárie no fué el único con que los vencedores se mancillaron en esta jornada del 6 de abril de 1538, á pesar de los esfuerzos de Hernando Pizarro, y sus principales capitanes para recordar á sus soldados que los vencidos eran tambien españoles. Rui-Díaz, oficial del partido de Pizarro, habia tenido la dicha de salvar la vida á un amigo suyo que iba á ser asesinado. Para preservarle de otras violencias le habia hecho que montase á las ancas de su caballo; pero un soldado furioso le pasó con la lanza y le hizo caer muerto á vista de Rui-Díaz. En cuanto á Almagro, testigo de la derrota de su tropa y sin medios de rehacerla, buscó tambien su salvacion en la huida; pero perseguido vivamente por el enemigo, cayó en su poder, y cargado de cadenas, fué llevado á Cuzco, que se rindió sin resistencia á los vencedores.

Su muerte podia únicamente saciar el ódio y la venganza de los Pizarros: ya estaba resuelta de antemano; pero la prudencia exigia algunas precauciones, y era preciso alejar á todos los que fieles á Almagro en su desgracia, podian hacer eficaces tentativas para salvarle. Se les alejó, encargándoles diversas expediciones á las provincias mas remotas del Perú, y aun no sometidas al dominio español. Aquellos hombres aprovecharon con afan la ocasion de salir de una ciudad en que ya no podian ser útiles á la causa de Almagro.

Entonces los Pizarros se quitaron la máscara ; pero queriendo dar la apariencia de justicia á la ejecucion de su sanguinario proyecto, formaron un tribunal ante el cual compareció el desdichado anciano. Acusábanle del crimen de alta traición, de rebelde á las órdenes del emperador y de usurpacion de los derechos y funciones del gobernador: acusacion absurda, puesto que se referia á una época en que el emperador todavía no habia dado á conocer su decision, ni fijado los límites del gobierno de Pizarro. En vano Almagro protestó que jamás habia tenido intencion de perjudicar á su antiguo asociado; que siempre habia respetado sus derechos, y que si se habia apoderado de Cuzco, era creyendo estar autorizado para ello en virtud del exámen y de la interpretacion dada á los títulos enviados por el emperador. El tribunal compuesto de jueces á favor de Pizarro, sentenció á muerte al anciano.

Quando Almagro supo la sentencia que se acababa de pronunciar, aquel mismo hombre que tantas veces habia despreciado la muerte en sus aventuradas expediciones, y que habia dado tantas pruebas de valor y de energia, cayó en un profundo abatimiento, y débil hasta la cobardía, trató de enternecer á sus vencedores, de escitar la compasion de sus verdugos con sus súplicas y sus lágrimas. Invocó los recuerdos de la antigua amistad que Francisco Pizarro y él se habian jurado al pie de los altares, y la humanidad con que él habia tratado á sus enemigos cuando eran sus prisioneros: les conjuró para que evitasen á sus canas y á su memoria el oprobio del suplicio reservado á los malhechores, y para que le permitiesen consagrar los últimos instantes de su existencia al arrepentimiento y á la expiacion de sus faltas.

Estos ruegos de un anciano que habia sido uno de los mas intrépidos guerreros de la España, este abatimiento en la desgracia, estas lágrimas del ilustre sentenciado que luchaba en cierto modo con la muerte, conmovieron á la mayor parte de los soldados, á pesar de lo familiarizados que estaban con sen-

saciones de este género. Pidieron el perdón de Almagro; pero el corazón de los Pizarros estaba cerrado á la piedad, y no solo se mantuvieron inflexibles sino que osaron burlarse de las mismas súplicas de su acobardado enemigo. Su ironía cruel le prodigó los mas amargos sarcasmos diciéndole que era indigno de un alma grande al mendigar la vida, y que marchando á la muerte debía acordarse de que era cristiano y caballero.

En fin, cuando Almagro se convenció de que nada tenia que esperar del ódio implacable de los Pizarros, se acordó de lo que habia sido en otro tiempo, y volvió á recobrar su antiguo valor: dirigió á sus encarnizados enemigos estas palabras que pronunció con acento de noble resignacion: «Libradme, pues, de esta vida y que vuestra crueldad se sacie con mi sangre.» Despues hizo testamento, dejando á su hijo único y al emperador por sus herederos: cuando hubo terminado este acto postrero de su existencia, le dieron garrote en la prisión, cortándole despues la cabeza en la plaza pública de Cuzco. Almagro en el momento de su muerte tenia setenta y siete años.

Asi pereció este hombre notable bajo mas de un concepto, y que sin duda merecia otra suerte; aunque la historia le acusa con justicia por su complicidad en la muerte de Atahualpa.

Entre los españoles á quienes indignó la crueldad de Pizarro, habia uno que juró vengar la muerte de Almagro. Llamábase Diego de Alvarado y era un oficial de distincion, que padeció tanto mas con el fin desastroso de su amigo, cuanto que sufría sus remordimientos por haber contribuido á él en cierto modo, aconsejándole que diese libertad á Hernando Pizarro. Poseido de la idea de obtener venganza de los Pizarros, supo eludir su vigilancia, y aprovechando una ocasion para volver á España, se presentó al instante en la córte. Amitido á la audiencia del emperador le pintó con tan vivos colores el orgullo, la ambicion y la crueldad de los tres hombres que reinaban como déspotas en el Perú, que escitó á la vez su horror y su indignacion. Pero su animosidad buscaba otro medio

de satisfaccion; y pidió el permiso de sostener en campo cerrado la justicia de sus acusaciones, desafiando en combate personal, segun la costumbre de la época, á Francisco Pizarro, que denunciaba á la vindicta pública como el autor de todos los crímenes y de todas las desgracias cuyo enérgico cuadro acababa de trazar.

Cuando el intrépido Alvarado esperaba la respuesta favorable que le habian dado motivo á esperar, murió tan repentinamente que la opinion general no dejó de atribuir su muerte á los amigos de Pizarro, que habian tratado de librarse por medio del veneno de un enemigo tan temible.

A pesar de todo, habia sobrevivido á Alvarado la impresion producida por su relato; pero el emperador y sus ministros dudaban al adoptar una providencia séria contra los Pizarros, temiendo su influencia y poder en las comarcas conquistadas por ellos. Mientras que se deliberaba en la córte acerca de las medidas que reclamaba semejante estado de cosas, Hernando Pizarro resolvió pasar á España para dar cuenta al gobierno de su conducta y de la de sus hermanos. En vano sus amigos trataron de disuadirle de este proyecto, suplicándole que á lo menos dilatase su ejecucion, hasta que supiese el efecto que habia producido en la córte la noticia del suplicio de Almagro. Hernando confiado en la bondad de su causa y en el crédito que creia gozaba su hermano con el monarca y sus ministros, insistió en su resolucion. Sin embargo, al despedirse del gobernador, le aconsejó que desconfiase de los partidarios de Almagro, que celase su conducta y que nunca les permitiera reunirse en número que pasase de siete, porque tratarian de concertarse para quitarle la vida; pero Pizarro, ciego con su prosperidad, no quiso creer el peligro que le amenazaba y despreció los avisos de su hermano.

Hernando partió, y llegado á España se presentó en la córte con una ostentacion que escitó envidiosas murmuraciones: esta pompa que casi eclipsaba la de la soberanía, causó la sor-

presa de un escándalo, y la opinion pública vió con indignacion al orgulloso aventurero ostentar con descaro los despojos de los infelices peruanos. Esta conducta no era la mas á propósito para disipar la prevencion terrible que habia contra los tiranos del Perú, asi es que en vano trató Hernando de justificar los actos de Francisco Pizarro, y de sus demas hermanos, y de probar, que habiendo sido Almagro el agresor, habia recibido con justicia el castigo de su rebeldia. Aunque la córte carecia de datos seguros para decidir esta cuestion, no pudo menos de conocer que los Pizarros habian abusado de su poder en todas ocasiones y que su conducta tiránica merecia la severidad del gobierno. Sin embargo, antes de tomar una resolucion vigorosa contra el gobernador del Perú, se creyó conveniente asegurar la persona de Hernando, que fué arrestado y puesto en prision. Se dice que permaneció en ella cerca de veinte años, y algunos historiadores aseguran que en ella acabó sus dias.

Decidióse despues enviar al Perú un comisario encargado de examinar escrupulosamente cuanto habia sucedido, y de recibir las declaraciones acerca de los sucesos anteriores y posteriores á la muerte de Almagro. Este comisario iba ademas investido de una autoridad que aniquilaba, en cierto modo, el poder de Pizarro, puesto que podia mudar en nombre del emperador, si lo juzgaba conveniente, el gobierno y la administracion del Perú.

Para desempeñar dignamente una comision tan importante, era preciso unir la probidad al talento. Vaca de Castro á quien fué confiada, era un caballero pundonoroso é incapaz de transigir con sus deberes: el conocimiento de los hombres y de los asuntos se amalgamaba felizmente en él á una gran firmeza de carácter, por lo que difícil hubiera sido hacer mejor eleccion.

Tiempo era ya de que la córte de España pusiese un término al insolente despotismo de Pizarro en el Perú: distribuia á su arbitrio las dignidades y los terrenos, y nombraba ó destituía á los funcionarios segun su capricho. Distribuyéndose en-

tre él, sus hermanos y sus favoritos las tierras mas fértiles y mas ventajosamente situadas, dejaba las estériles y de poco valor á los oficiales que habian merecido recompensas por sus servicios y su valentia. ¡Desgraciados de los que habian servido á las órdenes de Almagro, porque se veian condenados á la mas horrorosa penuria! Pizarro como que se complacia en hacerles espiar su lealtad y cariño á su antiguo gefe. Los historiadores refieren un hecho que basta para dar una idea de los apuros de aquellos infelices. Doce de los mas comprometidos oficiales de las tropas de Almagro habitaban en una misma casa, y eran tan pobres que entre todos ellos no tenian mas que un solo vestido decente: cuando alguno tenia precision de salir se servia de él y los otros once tenian que estarse en casa. Era tal el temor que inspiraba el gobernador, que nadie se atrevia á recibirlos en su casa, ni aun á dirigirles la palabra. Asi ¡cuán violento era el ódio que animaba á estos hombres contra Pizarro, y con qué impaciencia esperaban el momento de vengarse del cruel dictador del Perú!

Sordo á cuanto se murmuraba contra él, insensible á las quejas de las víctimas de su despotismo, contaba con la impunidad, y asi despreciaba el peligro como las amenazas del ódio. No temió quitar el gobierno de Quito á Belalcazar, aquel intrépido oficial que habia conquistado esta provincia, para dársele á su hermano Gonzalo, á quien poco despues confió el mando de una expedicion importante.

Los peruanos aseguraban á los españoles que mas allá de las Cordilleras, y al Este, habia una comarca en que se encontraban la canela y otras especierías con abundancia. Esto fué lo que determinó la expedicion confiada á Gonzalo, que partió de Quito con un ejército de trescientos cuarenta soldados europeos, la mayor parte de á caballo, y de cuatro mil peruanos.

Empezó su caminata hácia el Sud-este, siguiendo la orilla del rio Napo, y despues torció hácia el Sud. El Napo desemboca en el gran Marañon ó rio de las Amazonas, uno de los mas

caudalosos del mundo, y que atravesando de Este ó Oeste, casi toda la América Meridional, desemboca despues de numerosas revueltas en el gran Océano Atlántico. Antes de llegar á las Cordilleras, donde ya se suponía que habria que sufrir horribles padecimientos por el escesivo frio, ya encontró Gonzalo otros obstáculos casi insuperables, cual si la naturaleza misma quisiera oponerse á la marcha de los españoles. Un temblor de tierra, precedido ó mas bien anunciado por un espantoso huracan acompañado de truenos y rayos, se tragó á su vista casas y bosques enteros en los abismos que se abrieron de improviso: un rio á cuya orilla habian acampado, salió de madre con tal impetuosidad, que apenas les dió tiempo de refugiarse á un collado inmediato, para no ser sumergidos por los torrentes de agua que inundaron repentinamente la campiña. Cuando llegaron despues á lo alto de las montañas cubiertas de nieve, se creyeron trasportados á la zona glacial, mas allá de los círculos polares, y muchos peruanos con algunos españoles allí quedaron sin vida. Llegaron por fin á las llanuras del otro lado de las montañas, les asaltaron otras plagas de las cuales la mas cruel fué el hambre: aquellas vastas llanuras no presentaban mas que un inmenso desierto, y apenas se encontraban algunos salvages, que no podian proporcionar los víveres necesarios. Ya tenían que atravesar algun pantano, ya tenían que abrirse un estrecho paso á fuerza de hachazos por alguna selva impenetrable, y para colmo de las desgracias y privaciones de Gonzalo y sus compañeros, llovió sin cesar durante dos meses en términos que ni una vez sola pudieron ver enjutos sus vestidos.

Llegaron por fin á las orillas del rio Napo, y Gonzalo se ocupó de la construccion de una barca para pasarle en caso de necesidad y para que tambien sirviese para llevar los bagages y los víveres. Careciendo los españoles de los materiales necesarios, y sobre todo de hierro, para ejecutar este trabajo, tuvieron que arrancar las herraduras á los caballos, y con ellas

hicieron clavos y abrazaderas, supliendo la brea y la pez con resina que recogieron en árboles de diversas especies. Cuando la barca estuvo acabada, Gonzalo hizo que se embarcase en ella un oficial llamado Orellana, con cincuenta hombres, encargándole que bajase por el rio, para buscar víveres, y designándole el parage en que le habia de esperar con el resto de las tropas.

Apenas Orellana los perdió de vista, cuando burlando la confianza de su comandante, resolvió sustraerse á su autoridad: ambicioso y vano creyó haber hallado la ocasion de asociar á su nombre, todavía oscuro, la gloria de una accion atrevida y de una arriesgada empresa. En vez de esperar á Gonzalo en el sitio que este habia designado, quiso seguir el curso del rio hasta llegar al Océano: proyecto temerario que este orgulloso oficial se hubiera guardado de acometer, si hubiera sabido los peligros á que se esponia tratando de ejecutarlo, si hubiera sabido que el rio en que se aventuraba sobre una barca tan mezquina y sin provisiones, corre cerca de dos mil leguas marinas antes de salir al mar.

De todos modos Orellana no dió parte de su intencion á los cincuenta hombres que le acompañaban, hasta que llegaron al parage en que el Napo desemboca en el Marañon ó rio de las Amazonas. Allí era donde debia esperar á Gonzalo, y allí fué tambien donde comunicó su proyecto á sus compañeros, que lejos de intimidarse por su audacia declararon que estaban prontos á seguirlo. Uno tan solo hubo entre ellos fiel á Gonzalo y capaz de protestar contra la perfidia de Orellana; pero este le hizo desembarcar y le dejó abandonado en un pais desierto donde debia perecer: despues prosiguió la ejecucion de su proyecto.

Entonces empezó á conocer cuan peligrosa era su empresa, y á que terribles pruebas iba á verse sometida su constancia. Tan pronto atravesaba comarcas estériles y solitarias, tan pronto tenia que combatir contra belicosos indigenas, si se habia de proporcionar algunos víveres, y muchas veces tambien te-